

tes y la dentadura casi tan fuerte como la del Leon terrestre. Al derredor de la barandilla del estanque de estas focas, habia mucha gente contemplando sus juegos, que consistian en perseguirse mutuamente, zabullendo con frecuencia y girando en la circunferencia del estanque, dando vueltas entre sí; cuando se fatigaban, salian á tomar descanso sobre la playa del pequeño lago y á poco volvian á emprender la tarea de perseguirse.

Dentro de un momento parte el correo y por esto suspendo la tarea de escribir; en el siguiente te consignaré en otra la relacion de algunas mas particularidades de esta ciudad.

A dios.

XL

A bordo del "Germánia" Julio 25.

MARÍA:

Tal vez tengas deseos de que te describa los edificios de Nueva York; pero te diré, que poco mas ó menos son parecidos á los de San Francisco California en su estructura; aunque los de las calles transversales son inferiores, pues en general son solamente de dos pisos

y de piedra de color de café con leche obscuro, que les da una apariencia tétrica.

En la calle de Brodway hay numerosos edificios de hermosa arquitectura y muchos de piedra, fierro y ladrillo, como te dije antes, y uno de los que mas sobresalen, de la penúltima materia, es el de Stuard que comprende una manzana y es de siete pisos. Esta gran casa es un bazar universal en donde se haya cuanto se desea desde objetos de mercería, quincallería, ropa de todas clases, ropa hecha de señoras y de hombres, sombreros, zapatos, encajes, adornos de todas clases para vestidos, camiserías, platerías, relojerías, alhajas, colchones y, en fin todo lo que pueda haber repartido en el comercio de una ciudad, se encuentra reunido en ese gran almacén de Stuard.

En el despacho de esta casa se ocupan mil y tantos dependientes de ambos sexos, distribuidos convenientemente en los distintos departamentos, segun es el artículo que contienen; por ejem-

plo: en la mercería, joyería, ropa vareada, etc., hay hombres, y en la parte de ropa hecha de señoras, lencería, encajes y otros artículos femeninos, mugeres, y todo el interior se mira siempre lleno de compradores en los diversos pisos que suben y bajan, entran y salen.

Stuard, además de esta casa, tiene otro almacén en la parte baja de la ciudad en donde el expendio es por mayor y me han asegurado que en ambas negociaciones tiene empleadas dos mil personas. Esta esplendidez se nota á cada paso en el comercio y todas las empresas de Nueva York, que todo es grande y los millones se cuentan en los Estados-Unidos, como nosotros contamos aquí los miles de pesos.

En Nueva York hay, como en San Francisco, un lujo extraordinario de cristales colosales para los aparadores de las tiendas, que no bajan los mas, de cinco á seis varas de altura.

En cuanto al carácter del vestido, del pueblo en general, en San Francisco

hay un lujo mas refinado y los criados y gente de la clase infima se confunden muchas veces en la gente decente. En Nueva York hay mas distincion en este particular, la gente pobre se viste con mas sencillez y aun he visto algunas mugeres y hombres descalzos por ciertos barrios de la ciudad.

Al hablar de las estatuas que decoran el paseo de Central Park, olvidé mencionar las de la plaza céntrica de Union Square: en el ángulo Sur de esta y frente al banco aleman, se mira la estatua ecuestre de Washington, sobre un pedestal de granito. Francamente no hago gran mérito en este monumento; pero el que es verdaderamente ridículo, es el de la estatua pedestre de Lincoln que está en el ángulo opuesto Sur: este presidente de los Estados- Unidos que proclamó la libertad de los esclavos está en pié envuelto en un capotito de sastrer y sin sombrero, de manera que presenta un aspecto visible.

Hay igualmente otra estatua de Franklin en una plaza que está en la parte

baja de la ciudad, que tampoco tiene gran mérito.

En fin, María, no puedo entrar ya en mas particularidades respecto de Nueva York, porque como ha sido tan corto el tiempo que he permanecido en la ciudad, no lo he visto todo; así es que concluyo mi carta diciendo algunas palabras mas sobre lo que he visto y me ha pasado á bordo del vapor "Germania."

Pues bien, este buque aleman es magnífico por su bella construccion y la extencion de su quilla, el salon está decorado con primor y los camarotes son cómodos y elegantes, de manera que los pasajeros estamos alojados como príncipes.

De la asistencia ¿qué te podré decir? sino que es superior á la de la tierra en cualquiera de los hoteles de Nueva York: á las seis de la mañana se toma café con rebanadas de pan con mantequilla; á las nueve y media se toca á almorzar y se sirven de seis á ocho platos; á las doce y media el lunch que

se compone de carnes frías, bizcochos y frutas secas; á las cuatro y media es la gran comida que puede llamarse un verdadero banquete porque además de diez á doce platillos exquisitos, se sirven las mejores frutas, dos ó tres postres, dos helados diversos y café ó té, á las siete de la noche, té, bizcochos, tostadas y.....esto ya es demasiado, porque si todas estas comidas se hicieran en tierra, en donde la digestión es más difícil que en el mar, de fijo, que el día ménos pensado, lo botaban á uno para ir á visitar el estómago de algún tiburón.

Como es el verano en el que viajamos y el calor es un poco insoportable, el hielo no falta en las mesas; de manera que la vista se pasea en esos grandes platonos sobre los trozos cristalinos del agradable refresco, para saborearlos en el vino ó en un vaso de agua. Igual cosa pasa con la leche que, en lugar de la condensada que sirven en otros vapores que más bien es una orchata, en el "Germania" es fresca y acabada de ordeñar.

El tiempo sigue magnífico, de modo que el mar semeja una gran taza de leche ó un espejo; solamente de cuando en cuando, llega una brisa á rizar un tanto su tersa superficie, figurando un petatillo finísimo ó una alfombra de conchitas. Con esa calma adorable, las nubes se reproducen y las lontananzas parecen aun más distantes; de noche se perciben distintamente los planetas y las estrellas fijas; y si se detiene un poco la atención, se creé por un momento que se navega en una canastilla sobre las aéreas corrientes de la atmósfera, sin ver un átomo de tierra.

Es tan agradable la temperatura que traemos, á la altura que surca las aguas el vapor, que los pasajeros estamos á cubierta hasta bien entrada la noche, gozando del hermoso espectáculo que tenemos á la vista.

Varias señoras han dejado el salón y cesaron de tocar el piano que allí se encuentra, y con una guitarra que trae uno de los pasajeros, entonan canciones coreadas que, á veces, son acompa-

ñadas por muchos de los circunstantes.  
En fin, María, parece que los buenos  
hados me acompañan en mi viage, y  
contribuyen para que yo llegue á esa  
Europa tan deseada para contemplar  
sus maravillas.

Vamos entre tanto á descansar por-  
que es bien entrada la noche y mañana  
veremos si sigue el tiempo bonancible,  
adios, amiga mia.

lo de Europa que hace tantos años  
deseaba conocer y he sido los sucesos  
de mi vida. Pero mientras llegamos á  
esta tierra deseada, te contare algo de  
lo que he vivido viajando por el conti-  
nente, aunque no sea de gran interés para  
una narración.

## XLI

A bordo del «Germania» Agosto 9 de 1868.

Te escribo la presente, cuando el va-  
por va surcando las aguas del Canal de  
la Mancha, que si normalmente está ál-  
borotado, hoy, que son las nueve de la  
mañana, está como el pavimento de un  
salon y la atmósfera pura y el sol res-  
plandeciente.

Siento fuertes latidos en el corazón  
porque comienzo á percibir en lonta-  
nanza, las costas de Francia y sé, que  
dentro de algunas horas, pisaré el sue-

lo de Europa que hace tantos años he deseado conocer y ha sido los ensueños de mi vida. Pero mientras llegamos á esta tierra deseada, te contaré algo de lo que he venido mirando por el camino, aunque no sea de gran interés para una narracion.

Desde que salí de Nueva York, el tiempo ha estado bellissimo y solamente dos tardes ha habido un poco de viento, que ha sido suficiente para levantar las olas de estos mares, siempre borrascosos, al grado de imprimir fuertes oscilaciones á nuestro buque, á pesar de sus grandes dimensiones; pero no ha pasado de aquí.

Desde hace tres dias, se han tenido á la vista las costas de Inglaterra y algunas veces, nos hemos aproximado tanto, que casi nos hemos puesto á una milla de distancia.

Estas costas están formadas de cerros calcáreos y no se mira en ellos una sola yerba, alguna pequeña planta, que indique la existencia de la torre vegetal; todo es aridez y todo rechaza la idea

de que en ese suelo desolado, puedan alentar seres animados.

Sin embargo, cuando á la vista de esa tierra desnuda surgian estas reflexiones, se recordaba al mismo tiempo, que del otro lado, existia un gran pueblo que camina á la vanguardia de la civilizacion y que con su industria, ha neutralizado la aridez y pobreza de su suelo y se ha enseñoreado de la India y de la mayor parte de la Australia.

¡Poder de la industria y el trabajo!  
La América, cuyo suelo tapisado de vergeles floridos y produce en abundancia toda suerte de frutos y sus entrañas están henchidas de oro y plata, yace en la indigencia y sus pueblos, aunque rodeados por todas partes de estas riquezas, se disputan el pan, exterminándose en guerras fratricidas.

Es porque falta la industria y el trabajo; es porque esos pueblos carecen de la educacion que constituye la moralidad, el orden y la prudencia que es el germen de todas las virtudes.

La América del Norte tiene las mismas condiciones naturales que la Inglaterra, es decir, que su suelo es poco productivo; pero allí también el hombre es activo, emprendedor y su buena educación ha hecho surgir como por encanto una civilización que rivaliza con la de Europa y amenaza también absorberse á sus vecinos.....

Ayer tarde, como á las seis, entró nuestro vapor á la bahía de Suptanton y después de haberla atravesado, atracó ya de noche, de modo que impidió ver la ciudad y el espectáculo del puerto por sus innumerables mástiles y chimeneas anclados allí.

Nuestro vapor, que pertenece á la línea alemana, descargó dos millones de pesos que llevaba, en barras de plata y dinero acuñado en este metal y en oro y, como á las diez, los pasajeros que íbamos á Francia, nos trasbordamos á otro buque más pequeño, que es en el que vengo á bordo y dejaré en breve.

En este momento suspendo la pre-

sente para subir á cubierta por ver si se perciben más claras las costas europeas; hasta luego.

Son las once y he bajado alborozado porque en breve pisaré ya esta bendita tierra pues estamos en la embocadura del Sena, teniendo á nuestra izquierda, hacia el Nordeste, al Havre y á nuestra derecha el pintoresco puerto de Hemfleur, que se mira como una escalinata de casas de diferentes colores, entremezcladas de jardines.

Se me salta el corazón y no te puedo encarecer la alegría de que estoy poseído en este momento; me siento feliz porque veo realizados por fin mis ensueños de viaje, por el Continente europeo; casi no creo estar en él porque en las historias de esta tierra y las relaciones de los viajeros, dudaba que hubiese más tierra que la que pisábamos en América y aun hoy ¡tal es el deseo! me parece imposible que pise otras regiones y que haya llegado á otro mundo..... no te rías, María, de

estas ocurrencias, que son dictadas por la loca alegría de que estoy poseído.

Me voy á mi camarote para preparar mi equipage para la salida á tierra.

Adios.

XLII

Hemflour, Agosto 9 de 1868.

MARIA QUÉRIDA.

Es de noche; y mientras llega la hora de tomar el tren para Paris, que sale á las nueve, te apuntaré brevemente las impresiones de este dia, que á la verdad han sido muy agradables.

A las doce del dia en punto atracó el vapor en el muelle, al que afluyeron multitud de curiosos.